

La corte de Carlos II en los diarios de un embajador del sacro imperio

CARLOS SECO SERRANO

Siempre me han apasionado los libros de memorias y los diarios: documentos preciosos para un historiador, en cuanto que emanados directamente de los "protagonistas". Con una diferencia a favor de los *diarios*.

En efecto, las memorias exigen una lectura *entre líneas*: por lo común, el que las escribe aspira, ante todo, a justificarse ante la Historia, que ya ha desplegado una cierta perspectiva con respecto al tiempo y a los acontecimientos evocados. En cambio, los diarios son una expresión más "desprevenida" de su autor, porque éste no puede intuir el futuro, ni lo que el futuro podrá exigirle para corregir sus posibles fallos, o sus juicios errados sobre el momento en que escribía. En los diarios es más sincero —y más transparente— el talante del autor, incluso cuando

los redacta pensando en el mañana, esto es, en la imagen que de él reflejarán cuando se publiquen (es el caso, bien conocido y estudiado, de Manuel Azaña, intelectual antes que político, o político en cuanto intelectual). De aquí que los diarios resulten más valiosos para el historiador si es evidente que no se escribieron "para" publicarse.

Ejemplo clarísimo de este último caso es el del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid, en los últimos años del reinado de Felipe IV y los iniciales del de Carlos II; cuyos diarios conocemos gracias al minucioso cuidado del profesor Miguel Nieto Nuño⁽¹⁾, sin que hayan merecido hasta hoy la atención que indudablemente merecen. Lo primero que llama la atención en los diarios de Pötting es la fecha en que están redactados.

«Las memorias exigen una lectura *entre líneas*: por lo común el que las escribe aspira, ante todo, a justificarse. En cambio, los diarios son una expresión más "desprevenida" de su autor, porque este no puede intuir el futuro, ni lo que el futuro podrá exigirle para corregir sus posibles fallos.»

⁽¹⁾ Miguel Nieto Nuño: *Diario del Conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*. Escuela Diplomática. Biblioteca Diplomática Española, Sección Fuentes n.º I. T. I, Madrid 1990 (435 pp). T. II, Madrid, 1993, (463 pp).

Por supuesto, no escasean muestras de este género literario en épocas muy anteriores; sobre todo, en el caso de los viajeros (piénsese en el Diario de Navegación de Cristóbal Colón, a finales del siglo XV). Pero resulta menos frecuente —hasta llegar al XVIII— el diario de un Embajador, que bastante tiene con las informaciones transmitidas día a día, minuciosamente, en sus despachos diplomáticos. Tal es el interés de los diarios de Pótting, que aún haciendo referencia constante a aquéllas, atienden más bien al otro aspecto, más íntimo y personal, de la vida cotidiana de un gran señor alemán, destacado como representante en la Corte más importante de Europa — precisamente cuando se ha iniciado su declive internacional, contrastado con el empuje arro-llador del Versailles de Luis XIV.

Cierto, el sucesor de Pótting en la embajada de Madrid —Harrach— escribió también unos diarios; y aún hay otro antecedente similar, el de Khevenhüller, en tiempo de Felipe II. Pero el caso de Pótting es muy peculiar, porque sus diarios no están escritos —como los citados— en su propia lengua tudesca, sino en castellano; un castellano lógicamente no exento de impurezas (aventuro la hipótesis de que precisamente la razón de ser de esta peculiaridad obedezca al propósito de Pótting de *practicar* la lengua del país en que realizaba su delicada labor). Y a ello se debe también el hecho de que durante tanto tiempo hayan permanecido inéditos y prácticamente desconocidos —sólo los utilizó a principios de este siglo, sin recoger sus textos, el investigador austriaco Pribram—. La feliz circunstancia de que un joven profesor español, Miguel Nieto, destacado en Viena a la búsqueda de documentos muy diversos —ilustrativos de las relaciones culturales entre ambas Cortes durante

«Atienden al otro aspecto, más íntimo y personal, de la vida cotidiana de un gran señor alemán, destacado como representante diplomático en la Corte más importante de Europa.»

el siglo de Oro— diese casualmente con ellos, ha permitido que ahora los conozcamos, en transcripción pulqué-rrina que además va respaldada con la referencia continua a los despachos diplomáticos cruzados entre el Emperador Leopoldo I y el Conde: estos sí, redactados en alemán.

Comienzan los Diarios el domingo 6 de enero de 1664, con esta sobria anotación: "A los 6, domingo. Hemos los embajadores de capilla dado a los Reyes las pascuas de reyes. Después de la capilla y por hallarse el Monseñor Nuncio indispuesto, me ha tocado a mí de hablar. Por la tarde hubo en la capilla segundas vísperas fiesta del Tusón"⁽¹⁾. Esta sobriedad se mantiene —con excepciones— a lo largo de toda la obra, pero ello no obsta al interés que en muchas ocasiones encierran sus noticias. Como advierte Miguel Ángel Ochoa Brun en su excelente prólogo, "muchos aspectos de la relación entre Madrid y Viena (así como el propio movimiento de la Corte española, abundante en episodios y anécdotas) hacen muy valiosa toda aportación de información que procede de un hombre tan cuidadoso y detallista y tan buen conocedor de las personas y las cosas de España como parece haber sido Pótting... Nombramientos de embajadores, visitas y relaciones de los acreditados en Madrid, audiencias en Palacio, noticias y opiniones acerca de los hombres públicos, movimientos en general de la vida diplomática de la Villa y Corte ocupan muchas de las informaciones que el Conde ofrece..."

En general, distinguimos dos líneas conductoras en la misión diplomática de Pótting: por una parte, y siempre, la petición de "asistencias" —acudas económicas—; por otra, y en sus primeros años, el ajuste y los preparativos de las bodas hispano-alemanas —las de la

⁽¹⁾ Actualizo la ortografía del original, escrupulosamente transcrito por Nieto.

infanta Margarita con el emperador Leopoldo—. Son gestiones que podrán ilustrarse con dos memorables retratos de la Infantaemperatriz: el de Velázquez, vestida de terciopelo azul y plata, conservado en el Museo de Viena (quizá el último de la regia prometida enviado a la Corte imperial antes de las nupcias); y el de Mazo, en que aquella aparece enlutada por la muerte de su padre Felipe IV, conservado en el Prado y que debió preceder muy poco al viaje de la joven desposada a su futuro hogar; porque el fallecimiento de don Felipe dilató largos meses de realización efectiva de las nupcias concertadas, para desesperación de Pötting.

En la fase final del reinado de Felipe IV se había sumado a la gestión de Pötting en Madrid la de un enviado extraordinario de la Corte imperial, el barón de Lisola. Aunque el editor de estos *Diarios* trata de penetrar en las razones de esta misión especial, resulta difícil concretar lo que hubo tras ella (Pötting habla sólo de materia reservada y gravísima): ¿ponía ya sobre el tapete el problema sucesorio, evidente dada la endeble humanidad del futuro Carlos II, y perfilándose las declaradas ambiciones del bastardo don Juan José de Austria? Lo que no ofrece dudas es que la presencia de Lisola en Madrid no supuso interferencia ni desautorización respecto a la gestión de Pötting, sino más bien una colaboración que, por lo demás, no se prolongó mucho.

Muerto Felipe IV, el Embajador nos refleja los comienzos del nuevo reinado: los desposorios hispano-alemanes —que no tendrán lugar hasta el 25 de abril de 1666—; los acontecimientos internos y externos (guerra de Devolución, final de la de Portugal, actitud inquietante de don Juan José

«Aunque el editor de estos *Diarios* trata de penetrar en las razones de esta misión especial, resulta difícil concretar lo que hubo tras ella (Pötting habla sólo de materia reservada y gravísima).»

de Austria, privanza de Nit-hard). Pötting mira con escasa simpatía al confesor de la Reina, calificándolo de "muy buen religioso, aunque mal político". De hecho, el embajador hará lo posible por desplazar al "teatino", cuya final caída comentará de esta forma: "Esta fue, pues, la más memorable tragedia que podrán contar las historias, representada en el teatro de esta Monarquía con un Ministro que lo quiso ser con sólo el nombre y sin ningunas máximas asentadas hacia el rumbo que tiraba. Dichoso tras esto en que Dios le diese ocasión de aprovecharse de un tal sensible golpe para el merecimiento de la otra vida, dejando el vivo escarmiento de todos, que nadie presuma ni intente cargarse con más de lo que sus fuerzas y talentos le permitiesen. *Fabri fabrilia tractent*".

Por su parte, Pötting se esfuerza en ayudar a la Reina con su consejo —casi paternal, tan prudente como discreto—, aunque sin mucho éxito. Nos falta un buen estudio biográfico sobre doña Mariana, la Regente que presidió los años más calamitosos de un siglo no escaso en desdichas —el despuntar de un proceso regenerador, que la crítica histórica reconoce ahora en pleno reinado de Carlos II, sólo empezaría a percibirse a partir de 1680—. Las observaciones y comentarios de Pötting son una buena contribución para rellenar esta laguna. Si bien muy escuchado por la Reina Gobernadora, le fue imposible vencer las limitaciones de ésta:

pusilanimidad, dificultad en decidir, escasa energía. Pötting insiste, apesadumbrado, refiriéndose a aquella "santa Señora" —que había convertido el regio *alcázar* en trasunto conventual—, en su "poca resolución, sobre la cual cada uno se fia..." (17 de septiembre de 1669).

"Hablé a la Reina en la torre sobre diversas materias —

escribe en 15 de abril de 170—. La santa Señora lo oye todo con singular agrado, pero todo se le queda dentro por falta de resolución, sin cuyo especial requisito no se puede obrar ni en lo divino ni en lo humano". Y el 30 de julio: "En fin, adonde no hay autoridad no hay respeto, y sin respeto no hay temor, sin aquél no puede haber gobierno, y sin aqueste no hay sino confusión, por donde se pueden introducir a cada momento funestos y fatales inconvenientes. Dios por quien es defienda a Su Majestad de todos ellos..." Una nueva privanza —la de Valenzuela— es vista por Pótting como evidente muestra de la escasa "intuición selectiva" de la Regente. "El nuevo conductor de embajadores Juan de Valenzuela estuvo conmigo, a quien antes nunca había conocido ni visto — escribe el 16 de mayo de 1671—; reconocí, pero, que su elección era muy conforme a las demás que esta memoredad se han visto, siendo y pareciendo máxima acertado de escoger siempre lo peor".

Muy interesantes para precisar y matizar aspectos de la *gran historia*, los Diarios de Pótting resultan incluso más atractivos para penetrar en curiosísimos detalles de la *pequeña historia*. No sólo reflejan maravillosamente la personalidad del Embajador, hombre cultivadísimo, apasionado de las artes y de las letras, pero sobre todo de una edificante pureza de costumbres alimentada por una piedad sincerísima. Vio morir en Madrid a sus dos hijos —niña y niño—; el Diario refleja su conformidad cristiana al ocurrir el fallecimiento de la primera —que precedió en pocos días al del segundo, recién nacido— en estos términos: "A los 11, viernes (enero 1669).

«Creo que pocos documentos iluminadores del siglo XVII se han publicado en España, en los últimos años, tan interesantes como los Diarios que el benemérito investigador Miguel Nieto Ñuño nos ha descubierto.»



Entre seis y siete de la mañana voló el ángel inocente a la bienaventuranza eterna y eternidad bienaventurada, de edad de seis años menos once días. Al mismo instante dimos los padres gracias a Dios por haberse cumplido su divina voluntad, pidiéndole con el mayor rendimiento admita este sacrificio para satisfacción de nuestras culpas, que no merecieron gozásemos ulteriormente de una prenda tan llegada a nuestros corazones... Ángel celestial, ruega pues por los aumentos espirituales y temporales de tus padres..."

Todo un amplio ámbito de Madrid (bajo la jurisdicción exenta de la Embajada) y del que aún quedan vestigios en el nombre de la calle de Tudescos, o en fundaciones religiosas como San Antonio de los Alemanes, parece revivir en estos Diarios, en los que siempre está presente la devoción apasionada de Pótting por la Virgen que con el tiempo daría nombre al barrio — Nuestra Señora de las Maravillas—, a la que el Conde llama "mi mayor consuelo". Y con ello, los paseos, las visitas al corral de comedias, la adquisición de libros o de objetos de arte...

Creo que pocos documentos iluminadores del siglo XVII se han publicado en España, en los últimos años, tan interesantes como los Diarios que el benemérito investigador Miguel Nieto Ñuño nos ha descubierto, y que la importante Biblioteca Diplomática Española —aunque poco conocida de los lectores, debido a su pésima distribución— dio a la luz, entre 1990 y 1993, en dos primorosos volúmenes.